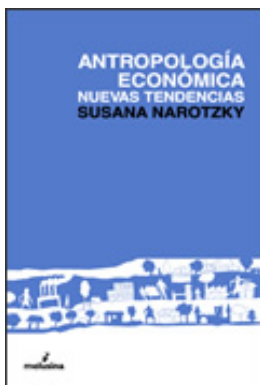


Reseña



Susana Narotzky

Antropología económica. Nuevas tendencias

Melusina

Año: 2004

351 páginas.

ISBN: 84-933273-8-7

Para adquirir: <http://www.melusina.com>

Sergio Daniel López. University of California, Los Angeles.

La editorial Melusina ha publicado el libro “Antropología económica. Nuevas tendencias”, una obra de Susana Narotzky que tuvo su edición original en *Pluto Press* hace ya nueve años. Un primer elogio de esta reseña, por lo tanto, se dirige a la editorial, que lanza una apuesta por ofrecer un amplio trabajo recopilatorio en español, aportando así un texto necesario dentro de la historia de esta especialidad.

El vistazo inicial, tanto al título del libro como a la estructura de su índice, parece invitar al lector a esperar un manual de antropología económica o incluso un compendio de sus principales corrientes teóricas a lo largo de la historia. Según advierte la autora, no es este el objetivo de la obra, pero la necesidad teórica para basar los planteamientos esenciales del libro lo hacen susceptible de cumplir también con dicha finalidad.

Podríamos decir que el libro tiene dos partes bien diferenciadas. Por un lado, sus tres primeros capítulos recorren determinadas aportaciones de la teoría social, antropológica y económica sobre las distintas fases del proceso económico: producción, distribución e intercambio y consumo. En la segunda parte, los dos últimos capítulos, la autora desarrolla su aportación teórica, en una brillante visión sobre la reproducción social, y finaliza el libro –a modo demostrativo- con diversas descripciones empíricas, así como con una reflexión final sobre proletarianización y clase. Esta estructura nos hace ver la obra en su totalidad como una orientación hacia el apuntalamiento del penúltimo capítulo sobre reproducción social, que es en definitiva donde reside el “corazón” del ensayo y la parte más interesante del libro.

El desarrollo de la primera parte (producción, distribución e intercambio y consumo) supone un destacado reto en antropología. Se puede entender incluso como la entrada en un desafío no sólo ambicioso, sino incluso temerario. Aunque pensemos que nuestro campo de estudio está más o menos definido y nos sintamos capacitados para extraer una muestra articulada de etnografías representativas y por tanto vertebrar un eje teórico coherente, los límites de la

disciplina nos obligan a interactuar con diversos campos de conocimiento. En realidad tales límites son poco claros o a veces simplemente no existen, algo que dirige peligrosamente a los antropólogos a la entrada en terrenos donde grandes especialistas han estado ya desde hace siglos. La primera parte del libro conduce al lector a preguntarse con escepticismo sobre los límites de la antropología, de la economía, la historia y cada una de las ciencias sociales que de una forma u otra deben entrar en el estudio de los procesos económicos, sobre si realmente la antropología económica aporta algo al estudio de la ciencia económica o si por el contrario sigue su propio camino alejándose cada vez más. La autora se ha atrevido a entrar en dicha materia con la confianza de que los aspectos particulares que trata le permitan llegar a posteriores conclusiones. El trabajo, desde luego, es elogiable, a veces los capítulos ofrecen pasajes de gran profundidad (generalmente son aquellos que responden más a opiniones y criterios de la autora que a los que recogen referencias teóricas externas), pero creemos que muchos de los ejemplos, autores y doctrinas que se citan pueden ofrecer en ocasiones más confusión que homogeneidad y continuidad discursiva.

Por ejemplo, en los dos primeros capítulos (producción, distribución e intercambio) Narotzky refleja una muestra que estaciona –por citar sólo algunos puntos- en el taylorismo, la relación entre eficiencia tecnológica y energía, las formas de reciprocidad, las funciones del dinero definidas por los economistas clásicos, los dones, el fetichismo de la mercancía, los intercambios ceremoniales o las redes solidarias, entre otros muchos.

Es decir, nos encontramos que en el libro se consideran de pasada numerosos autores y ejemplos etnográficos, pero cuanta mayor es la diversidad de ejemplos mayor es el enredo en que se ve atrapado el lector para creer en la existencia de una coherencia común. ¿Cuál puede ser esta? El *leitmotif* de todos los pasajes queda intuido en un destacado fondo sustantivista, así como en la reiterada muestra de la autora sobre el acoplamiento (discúlpenos si no usamos la traducción “formal” del término *embedded* por “incrustado”) de los procesos económicos en las dinámicas culturales y sociales. No hay nada de malo en ello, pero es fácil –creemos- que surja un cierto cuestionamiento sobre la existencia de una aportación específica de la antropología económica a medida que se avanza en la lectura de los tres primeros capítulos.

Es en su segunda parte cuando el libro abandona progresivamente la diversidad temática para ganar fuerza en el desarrollo sus argumentos centrales. Por hacer una cómica metáfora con una de las frases que habla de cultura y hecho histórico de Gramsci citadas en la obra, vemos cómo “una multiplicidad de voluntades dispersas con objetivos heterogéneos, se fusionan con un único objetivo”. La propuesta teórica de Narotzky pasa por integrar los procesos reproductivos (determinados como procesos de reproducción biológica, de la fuerza laboral y especialmente de reproducción social) con los procesos económicos. Para ello se plantea la posición de control de recursos y la acumulación capitalista, que se enlaza directamente con dinámicas de control social de la producción. A diferencia de lo que cabría esperar en ciertas

posturas marxistas, la reproducción social no está orientada a la creación de formas particulares de producción, sino más bien al contrario o –al menos- no se constituyen como aspectos funcionalmente separables entre sí. Este es el planteamiento teórico que Narotzky ejemplificará con posterioridad en el libro, en el caso del nacionalismo catalán, región donde la autora realizó trabajo de campo.

Como evaluación general, este libro ofrece un excelente repaso de los principales autores de la antropología económica, orientado a hacer una descripción sobre el desarrollo de la reproducción social. Estos aspectos le dotan de por sí un gran interés como texto de referencia. En otro sentido –si bien esto estaría causado por motivos ajenos al propio libro- desde una visión externa, o en todo caso transdisciplinar, la obra pone de manifiesto un problema más grave que existe desde hace décadas: el de la progresiva separación entre la disciplina antropológica y las corrientes de la economía teórica. Sugerimos este tema como una alternativa de debate. Por una parte, está en cuestión hasta qué punto es aconsejable separar de los planteamientos teóricos derivados del pensamiento económico, no sólo los referentes a explicaciones liberalistas (y neoliberalistas), marxistas o utilitaristas –esenciales en la antropología económica- sino a modelos keynesianos o a alternativas de (y al) estado de bienestar (escasamente contempladas en el libro). De hecho, los principales debates de la antropología económica, desde el propio sustantivismo, en obras como *La gran transformación* de Polanyi, se originaron como un posicionamiento ante aquellas *tendencias*. Aunque los antropólogos –e historiadores- planteen a través de sus descripciones teorías sociales adicionales, en una estructura de progresiva globalización mundial el reto está en conocer lo que hacen y dicen otros (teóricos), pese a que marquen un camino con el que no estuvimos de acuerdo. No nos referimos específicamente a la teoría económica, sino de forma particular a la ciencia de administración empresarial, que es en definitiva una de las principales protagonistas en los actuales diseños de procesos de producción, distribución y consumo. Las alternativas no son simples. Por un lado, de no seguir dicha senda corremos el riesgo de caer en una mayor –si cabe- invisibilización académica y teórica, sin que por otro lado nos pudiera aportar un resultado sustancioso a nivel práctico en la propia disciplina. De otro, si decidimos entrar en el juego, quizá nos veamos obligados a incorporar (aunque sea para criticar) modelos cuantitativos (el libro de Narotzky no entra, en análisis de este tipo, y no podremos ver ni una sola tabla de datos) y ser capaces de ofrecer la interpretación cultural como apoyo teórico de indiscutible validez. ¿Tarea imposible? No lo creemos. Si psicólogos como Tversky y Kahneman dieron su contundente aportación desde la percepción, el riesgo y el comportamiento en la aparente irracionalidad económica del ser humano, (algo que en definitiva se condiciona por procesos de valoración cultural y social), podemos pensar en alternativas que –parafraseando a Narotzky- desarrollen una *reproducción teórica* adicional en el campo de la antropología económica.